

“La función libertadora y purificadora del arte constituye otro aspecto y otra fórmula de su carácter de actividad”.

La intuición no deja de tener sus escollos, parecidos a aquellos que rodeaban a las sirenas, que Odiseo encontró en su camino y que él, con su legendaria prudencia, supo evitar. Uno de esos escollos es el dogmatismo que le viene al intuitivo de la seguridad que él siente en su persona y en su mensaje. Otro escollo es la terquedad que lo ha llevado a veces al sacrificio o a la lucha. Porque la intuición exige de nosotros una lealtad completa y una amorosa entrega. Para evitar estos escollos, el Odiseo que hay en nosotros nos recomienda la autocrítica constante y un humorismo inagotable. El intuitivo toma todo en serio, no sabe reírse de sí mismo y muy a menudo no sabe sonreír.

Creo que en esta forma he agotado mi trabajo. Doy las gracias a la Academia por el honor que me ha conferido al permitir que me sentara sobre esta Silla, en donde se sentaron dos ciudadanos que fueron honra y prez de la República. Doy las gracias a todos los que me habéis escuchado. Espero que, en vez de aplausos, le tributéis a mi discurso una sonrisa inteligente de buen humor, que sirva para aliviarme del peso que llevo en la conciencia por haberos sometido a esta ordalía de escucharme. He dicho.

José Basileo Acuña

DISCURSO DEL ACADEMICO LIC. ALBERTO F. CAÑAS, EN
RESPUESTA AL DE INCORPORACION DEL PROF.
JOSE B. ACUÑA

Ha ingresado brillantemente a esta corporación don José Basileo Acuña haciendo la apología de su predecesor en la silla G, más que apología un cuidadoso y rico ensayo sobre la personalidad, la vida y la obra de ese espejo de cruidos y estetas que fue Abelardo Bonilla.

El discurso de nuestro nuevo compañero nos reconforta. Viene a avisarnos que la tremenda pérdida que para la Academia Costarricense de la Lengua significó la desaparición del Profesor

Bonilla, está ya amainada con la presencia en ella del Profesor Acuña. Un espíritu indudablemente superior ha venido a ocupar la silla que durante catorce años ocupara otro espíritu indudablemente superior. Hombres de estudio ambos, profesores, investigadores, han tenido los dos la sabiduría de vivir en medio del pensamiento, las letras y el arte, como auténticos cultores de cuanto es bello, noble y espiritual.

Doy, pues, la bienvenida a don José Basileo Acuña, al seno de la Academia Costarricense de la Lengua. Cumplo con júbilo el encargo que se me dio, porque se trata, entre otras cosas, de quien fue mi profesor en los días del colegio. Muchas generaciones de liceístas aprendimos de él lo que puede ser una relación jovial entre profesores y alumnos, no despojada, sin embargo, del elemento reverencial que esa relación necesita. Sabíamos que en el Profesor Acuña teníamos un amigo cordial, pero también estábamos enterados de que podía conducirse como un monstruo, sí, como un monstruo a la hora de calificar un examen.

Circulaba por el Liceo una leyenda atroz: la de que el Profesor Acuña era dueño de una de las más importantes, si no la más, bibliotecas privadas del país; y otra la de que don José Basileo Acuña, don Pepe Acuña para decirlo de una vez, era un hombre que no sólo era versado en Sicología (ciencia que nos enseñaba), sino en todas las ramas del saber humano. Posteriormente, hemos podido todos sus viejos alumnos darnos cuenta del gran porcentaje de verdad que había en aquellas consejas misteriosas que circulaban entre nosotros, más preocupados entonces por el *basket-ball* y el baile del sábado, que por el contenido misterioso de la legendaria biblioteca de nuestro profesor y amigo.

Caso admirable el de este nuevo Académico; caso admirable de vocación docente. ¿Por qué enseña este hombre? ¿Por qué ha dedicado su vida a enseñar si no lo necesita, si no vive del escaso emolumento que esa actividad le depara? De haberlo querido, viviría en el ocio, en un ocio creador naturalmente; pero no se ha resignado a ello, y ha dedicado las horas más preciosas de su vida a enseñar: a enseñar en los liceos, a enseñar en la Universidad, a enseñar siempre. Como una distracción, dirán algunos. Por una vocación profunda, diría yo.

Pero con ser admirable la vocación, y admirable el profesarla, no son esos los méritos que han traído a don José Basileo Acuña al seno de esta corporación; la índole de cuyos quehaceres anda por otro lado. Y si bien estamos recibiendo calurosamente al profesor Acuña, oficialmente recibimos al poeta Acuña. Y encontramos que si grandes son sus merecimientos en el terreno docente, igualmente importantes lo son en el campo literario.

Apartado de modas efímeras, ha construido José Basileo Acuña una obra poética importante, y también una obra en prosa. Su temperamento, su manera, le sitúan entre los poetas más modernos; pero siempre ha preferido trabajar dentro de los viejos moldes consagrados. La conocida circunstancia del nuevo vino y el odre antiguo. Poeta de tono épico, canta en su "Rapsodia de América" las glorias históricas del continente, y de la España que lo conquistó y de la Europa renacentista que presencié atónita el hecho; nos da una visión, en ocasiones indignada, del presente incierto de esta región del mundo, y también una anticipación optimista, entusiasta pero sin grandilocuencias ni atiborramientos líricos, de su porvenir. Y presenta el complemento, por decirlo así, de esa obra, en sus "Tres Cantares", donde evoca la Europa de los albores del Renacimiento, al través de las figuras señeras, poéticamente cantadas, de Leonardo, Colón y Dante.

Hay mucho donde espigar en la obra poética de nuestro nuevo colega. Poeta auténtico, la forma y el idioma no le han escatimado ninguno de sus secretos. "Cantigas de Recreación", "Quetzalcoatl", son títulos que merecerían reposado análisis, o una breve glosa siquiera en este discurso. Pero prefiero referirme al último de sus volúmenes publicados, porque es el que, en más de una forma, epitomiza la personalidad literaria del poeta Acuña.

Su traducción de los Sonetos de Shakespeare.

Está en ella, naturalmente, el poeta, con una capacidad singular de re-creación, o sea de creación nueva trazada sobre la primitiva creación del poeta originario. Sólo un poeta puede traducir dignamente a otro poeta. Está en el hombre estudioso y erudito, pues sólo quien reúna esas dos condiciones puede emprender con acierto labor tan ímproba sobre obra tan compleja. Está también, naturalmente, el educador, pues labor docente de gran importancia es poner la obra del más grande poeta de la humanidad en conocimiento de los lectores de nuestra lengua y de nuestro país. Sólo un educador, erudito, humanista y poeta, pudo hacerlo como él lo hizo; con una versión que es orgullo de nuestras letras, ha merecido el aplauso de los más entendidos y exigentes, y ya comienza a ser comentada con encomio fuera del estrecho ámbito que encierran nuestras fronteras.

Recibimos hoy en nuestro seno, en consecuencia, a una personalidad singular. A un hombre de mucha ciencia y mucho pensamiento, que es al mismo tiempo maestro por vocación, y además poeta auténtico y culto. Mucho se enriquecerán nuestras deliberaciones, señores académicos, con su presencia y sabiduría. Sea bien venido don José Basileo Acuña a la Academia Costarricense de la Lengua.